EL HOMENAJE

*Rafael Ruiz Moscatelli**

A Humberto Díaz-Casanueva

Hacía tanto tiempo de lo de España que cuando la Academia le comunicó a don Jorge Santolaya que había sido nominado para rendir un homenaje al poeta en el Aula Magna de la Universidad de Chile, éste tardó tres días y cuatro noches en despararramar sobre pulcras hojas celestes, elogiosos conceptos, precisas metáforas, sabrosas anécdotas, estimulantes analogías y su poesía entremezclada con la del poeta.

El sol ya alumbraba su escritorio cuando exhausto, pero excitado, se reclinó en el sillón dudando si su esfuerzo correspondía estrictamente a esa ocasión tan largamente esperada. Repasó cada página y cada idea y dudó nuevamente; sin embargo, no cambio una sola línea. Su intervención debía ser perfecta. Sería su obra maestra, la manifestación irrepetible e inimitable de su obra poética: “Enfática como la vida, rotunda como la muerte”, como les solía decir a sus alumnos cuando le preguntaban qué era la poesía.

Santolaya acostumbrado a navegar con su imaginación en las más diversas fantasías, no había logrado predecir esa ocasión que sorpresivamente le ofrecía la Academia. Laborear con las palabras y entonar en el idioma el trabajo de las ideas había sido su oficio de siempre, desde que observaba a su abuela leer con atención los poemarios de Huidobro

* Escritor.

RAFAEL RUIZ MOSCATELLI

y de Darío, o cuando la escuchaba embelesado declamar sus propios versos al fin del almuerzo durante las fiestas familiares. Él la seguía con los ojos bien abiertos creyendo siempre que su abuela iba inventar y decir más frases y palabras; entonces, volvería a sentir la fuerza de la naturaleza dentro de su corazón y temblaría nuevamente con la belleza indescriptible de esa flor nunca vista, solamente percibida, en la rítmica y delicada voz de esa mujer. El mar de los versos recitados en su casa familiar era más mar que el propio Pacífico; cuando se dio cuenta de aquello, Jorge Santolaya quiso ser poeta.

Él no había aspirado a otra situación como aquella, y el tiempo y tanta distancia habían nutrido en su razón sentimental los dolores y la admiración por el poeta. Don Jorge conoció al poeta cuando ambos partían en el oficio. Cuando el mar con su maravillosa sencillez era capaz de alucinarlos junto a la compañía silenciosa de Rosario. Beber, dudar, caminar y jugar a que nadie en la tierra era capaz de opacar sus inspiraciones había sido su alma en común. Sostener, más allá de la medianoche, que la tragedia de la España no opacaría sus alegrías, había sido un compromiso más bien obligado del temperamento melancólico de don Jorge ante la euforia avasallante del poeta. De esa manera siempre cuestionadora había comenzado y terminado casi todo entre ambos.

Ahora, sentado en su sillón en el último cuarto de su casa en Ñuñoa, revisaba cada una de las palabras de su intervención para impedir que ese rencor de amor se confundiera con la admiración que sentía por la obra de su antiguo amigo. En esa ocasión extraordinaria debía ser tan sutil como su propia vida.

Cuando su mujer le trajo el desayuno él revisaba por décima vez cada hoja celeste en las que ahora destacaba su caligrafía enérgica y casi sin correcciones. Rompiendo la tradición —ella era la primera lectora de todo lo que escribía Santolaya— no le dio a leer una sola frase; la mujer conocedora de su estilo escueto le comentó extrañada la cantidad de hojas que había escrito. Don Jorge no le respondió.

El escenario era el habitual: la testera con sus cinco sillones y a un costado el podium; al frente, sillones y sillas ordenadas de acuerdo a las

ocurrencias protocolares. El salón era modestamente solemne, grandes lámparas y un cortinaje dorado sin brillos constituían un decorado sobrio que don Jorge estimó demasiado sencillo para lo que habría de ocurrir allí. Llegó antes que nadie y aunque no se atrevió a probar el podium puso especial cuidado en averiguar donde estaría ubicado el poeta. Luego verificó con un técnico la potencia del sonido, suponía que su creciente sordera era similar a la del homenajeado. Terminados estos preparativos salió del salón y frente al monumento de Andrés Bello dudó nuevamente si lo que había preparado era lo adecuado. Contó nuevamente las hojas y volvió a preguntarse si serían suficientes, si sería capaz de mantener el tono de la voz y el ritmo para realizar su obra. Si sería el poeta capaz de sostener la atención o terminaría por dormirse insensible ante la meditada pasión de don Jorge.

El salón estaba atestado cuando, precedido por las autoridades y los camarógrafos, llegó el homenajeado. Jorge Santolaya descubrió en esa figura casi todos sus rasgos y casi todas sus penurias y alegrías. Don Jorge pensó en la fina crueldad que contenía aquel reconocimiento tardío y por tanto sutilmente evasivo ya que se producía cuando el escribir no era más que un acto de sabiduría. Cómo habrían gozado ellos con ese homenaje junto al resplandor de Rosario; ahora, ambos agotados por sus respectivos trajines, casi sin brillo en los ojos, sonriendo con cierta bonhomía cuyo verdadero sentido era indescifrable, constituían, así lo sentía él, y algo de eso percibía en la distante mirada del poeta, que el homenaje estaba más dirigido a la perseverancia que al fulgor de sus inspiraciones. Aunque estas últimas todavía despuntaban como lo había comprobado en esas recientes noches de desvelo.

El poeta se demoró en sentarse lo mismo que él se demoró en pararse para aplaudir su entrada. Era curioso: aunque no lo quisieran ellos, con su lentitud prolongaban los aplausos. Don Jorge sonrió con picardía ante su nuevo descubrimiento. Durante los discursos anteriores acumuló energía para realizar su intervención. Al sentir que lo invitaban al podium, estuvo a punto de gritar: ¡Viva él, yo, Rosario y nuestra obra, que no siempre es de alegría!

RAFAEL RUIZ MOSCATELLI

Desde el podium observó a la concurrencia y la sintió cercana. Se veían deseosos de palabras y aunque hablar no era su oficio sintió que esa tarde todos serían cómplices. Frente al micrófono se le atragantó la voz. Tomó el vaso con ambas manos y se aclaró la garganta con un sorbo de agua y comenzó a interpretar su texto. Dijo largamente que eran amigos. Usó cada palabra rotundamente. Observó en cada instante al poeta. Mencionó a toda la línea de contemporáneos a su amigo. Sólo los entendidos y el poeta se asombraron que también mostrara como amigos a sus más encarnizados rivales. Logró expresar en sus emociones lo más amado para el poeta, lo hizo con tal fuerza que el poeta no pudo contener las lágrimas. La audiencia estaba embobada. Don Jorge observaba permanentemente a su colega. Éste, venciendo el letargo que le produjeron las intervenciones anteriores, permanecía hundido en el sillón y aunque con una mano se tapaba parte de la cara, él desde el podium sentía su atención. Jorge Santolaya, satisfecho, encontró en la expresión de su discurso más brillantez que en las ideas. Su voz se fue afirmando en el salón, pasando desde la infancia a la exaltación de cada poema del escritor. Sólo los jóvenes se removían en sus sillas al igual que la rubia con las uñas coloradas. El resto permanecía pendiente del orador. Nadie miraba a la testera. Sólo don Jorge lo hacía intencionadamente después de cada frase y de cada emoción. Sentía que había logrado una extraña simbiosis; a partir del poeta, ahora, él era más que el poeta. Era la historia y la leyenda de sus versos. Era lo trascendente. Era la emoción. Era lo que habían sido junto a Rosario.

El tiempo sólo transcurría para el ministro, el rector, los jóvenes y la rubia. Los demás habían descubierto en ese hablar seguro y constante, algo inquietante, sorpresivo y amenazador. Las palabras y sus sentidos los estremecían y los encantaban como si nunca más las fueran a escuchar. Ya nadie podía pensar en la alegría sencilla y diáfana del homenajeado: Don Jorge había transformado todo, hasta dejar al poeta sin su poesía. Nadie, excepto el poeta, que ahora se movía inquieto en su sillón, había logrado darse cuenta exactamente de lo que estaba ocurriendo.

EL HOMENAJE

En ese momento don Jorge se detuvo y declamó el inédito poema a su pasión y odio por Rosario. El poeta intentó levantarse de su asiento. El ministro miró al rector, éste a don Jorge que desde el podium ya no miraba a nadie concentrado en su fatal oficio. Cuando el poeta no logró levantarse y se extendió sobre su asiento dejando caer su brazo sobre un costado, la rubia dejó salir un grito desde su corazón sorprendido.